

## Preámbulo

Todo viene de las necesidades básicas. Solventadas varias de ellas, como la respiración y la alimentación, hay otra que gravita desahuciando hasta los mejores días de agradecimientos: la compañía. Porque las personas no están hechas para la soledad, dado que sus mentes se rompen. De ahí, que uno tiene que crearse sus propias imágenes y buscar su oportunidad. Pues bien, de esos pequeños grandes aciertos, se entresacan regalos envenenados a modo de calvario, y una preciosista jaula en la que refugiarse. Es la estrategia que se adopta para vencer y dotarse de alguien para adecentar los días y no sufrir la tortura de ese aniquilamiento social y sensorial, cayendo en alucinaciones y conductas agresivas y/o paranoicas.

Había dos personas, que creían hasta el final de sus días en el amor. Era tan evidente, que aunque intentasen evitarlo, tarde o temprano afloraban esos menesteres y los dejaban sin aliento. Pero esos mismos espíritus insaciables, que muy duchos se cultivaban buscando otros modelos en los que reflejarse, siempre tenían un recuerdo: el cuerpo del delito. Concebían sus vidas en el subyacente terror del pasado, y en la conspiración para poder superar toda esa pesadumbre. Como personas, les sucedía lo mismo que a los volcanes, que escupían todo aquello de lo que estaban hechos, y por momentos eran lágrimas endiabladas, y en otras bravía y pura ternura, de las más sobrenaturales que se hayan podido dotar a los pensamientos y a todos los seres.

Esos personajes, en su masacre por forzar la situación siguiendo a sus instintos, tenían todo el derecho a decidir. Una, llamada Silvia y a ratos Davinia, obligada o no, venía de servir de prostituta de lujo a manos de un proxeneta, cuyo lema sustentaba lo mejor que se podía decir del mismo: juntos podemos hacer cualquier cosa. Otro, quien les habla, harto de poner etiquetas, quería y quiere honrar de una vez por todas a su memoria, pero el mal engendra mal, y uno no puede llevar siempre las riendas, por lo que canaliza todos sus secretos robándose su vida, cual promesa del sonámbulo que no guarda las cosas rotas, considerándose que es muy poca cosa en la vida... Ambos intervinientes, no quieren ser novia/o de nadie, ni menos aún esposa o marido, sencillamente lo quieren todo en la vida. Por canallas que sean, saben perfectamente que tienen derecho a envidar sus días, debiendo ser firmes y perseverantes; así como letales con las sospechas. Sin ser dueños de la calle, cada cual vive en su islita de sueños, añadiendo sangre al engaño de múltiples maneras. Ella es como el viento, hace que todo sea posible; y él, cree vivir bajo el influjo del "Nunca Jamás". En sus vanguardias, contextualizan sus tenebrosos campos limitándose, queriendo estar juntos y dejar las cosas pasar, si bien, han visto tanto mal y buen querer, que no saben por dónde seguir, por más que crean que la vida es una mezcla de destino y vocación.

La que hubo de desatarse poniéndose en entredicho ante tantos hombres, ahora estaba en un acto de contrición, pasando unos días con su familia, asintiendo la verdad del momento y ocultando como podía esos meses tan turbios, como si tuviera el enemigo a las puertas recordándole su primera vez como puta. Y el otro ejemplar, ese que está y no está, se siente como un

hermano y al tiempo un auténtico apestado, haciéndoles el favor de guardarles a los Reyes Magos unas bicicletas en el sótano de su casa que llevan como destino a dos de sus sobrinos... Lo de sentirse mal, simplemente es porque no es un primate, y acaba de tratar con otros de los muchos subproductos de la sociedad, sintiéndose peor que si hubiera muerto por última vez, al tener que asistir a una representación teatral en compañía de alguien que lleva mucho sin mirarse a un espejo, o sin escuchar lo que de verdad tendría que oír... Hablando de espejos, para la señorita Silvia, gaditana como la que más, sabía perfectamente que uno de los mismos tenía en su luminosidad un peligrosísimo “érase una vez”. Y estaba loca por volver tras sus pasos y acabar con la intriga, tocando la tecla adecuada, pero tenía tanto repelús de enfrentarse a sí misma y calibrar sus efectos, que lo pagaba comiendo todo el chocolate que podía entre los buenos panes que le hacían su familia, en ese obrador tan especial y sugerente, echando de menos Italia y su inexistente beca de estudios, mirando a otro lado en ese clima de desconfianza. El utensilio convirtió lo visible en oculto, dejando a su mandamás como uno de tantos jinetes sin cielo, a merced de los demonios si fuera el caso. Y seguía con la necesidad de diferenciarse de sus congéneres, no sólo investigando las materias primas y haciendo números, sino también curándose de tantos amores de usar y tirar, pretendiendo ser una empresaria independiente. No obstante, esa luz era su ley; a lo tonto, ya iban por dos los dueños vencidos, y el grado de desafección se acentuaba.

En cuanto al trovador de lo real, decir que va directo al corazón, lo cual no es exigente de buscar las sonrisas cómplices por más que la lengua se le haga pedazos por tantísimas encrucijadas, los delirios que arrastra, y esas guerras con las que predica, las cuales le llevan a la inanición de no tener mucho que

celebrar, tras haber sido tildado años atrás de pretender ser perfectísimo y retrógrado, y por supuesto, engañado por alguna que otra arpía a la que dejó ir más allá de lo recomendable, en su afán por dar con esa persona que le calmase su espalda desde el cariño necesario. Sin embargo, tras bordear esa tormenta, su mente es un rompecabezas porque la espera no está hecha para él. Mientras que los gorrioncillos cantan, de no tener a su otro yo, todo son infiernos de malhumor y tensiones. Su ordenada y mediocre vida, sufre de esos deliciosos escalofríos día y noche, escorándolo a ese anhelo, naufragando y sobreviviendo por cuantos cambalaches suceden en el mundo, narrándolos bajo el estupor, el asombro y sus propios impactos, con una mueca de innegable estatua viviente y su voz como anatomía de la melancolía.

Pues siguiendo con las exclusiones sociales, la madre de todas las batallas no es más que se puedan volver a ilusionar encontrándose de una vez por todas, con sus abnegaciones, secretos y mentiras, y el uno le ponga el abrigo a la bellísima bestia, estando la morena obligada a domarle los vientos abiertos para compartir hasta la mismísima eternidad. Definir todos esos avatares son cuestiones de imposturas, dado que en sus inmensas orillas, hay intentos de escapada, rastros devastadores y otras llamadas que van surgiendo, depredándoles... De momento, ni la una ha vuelto a Madrid, el lugar donde ejerció; ni el otro se ha ido a recorrer el mundo, ahora bien, ninguno escucha el canturrear de su querido un lunes cualquiera bien tempranito, ofreciéndose por encima de las ingratitudes como única esperanza, remando juntos.

En principio, parece ser que estos dos protagonistas y sus universos mínimos vienen de anteponer sus necesidades a la cobardía, en un final ordenado a una etapa que creen haber terminado, buscando esas señales que les unan, en una corrupción de todos por las luchas de las libertades; quizás pudieran volver a encontrarse en el umbral de ese paraíso llamado Parque del Buen Retiro. Ésa y no otra sería la mejor poesía a tan merecida espera, no obstante, la teoría del caos sería más fácil de entender que todo esto, por tanta simetría de lo absurdo, puesto que cuando los latidos no tienen sentido, uno pierde el rumbo y no sabe si es furcia, criada o señora, torpe o listo, o la sombra de ese algo o alguien -digamos un pañuelo- que no termina de posarse o revelar las realidades ocultas. Y entretanto, ella, la estupenda damisela, lucha contra viento y marea atándose al cabo de la buena esperanza de su amiga la Olivetti (una máquina) y al felino que añora volver al santuario y olisquear la sangre, sin atisbo de dudas.

Al que le duelen las madrugadas y la enigmática doncella, hacen de sus exilios la búsqueda del gran amor de sus vidas, por más que el falso techo del cielo que les une sea su condena. Y es que esos caminitos del deseo son su callejón, su evasión, su lujo y su tendencia, amén de la malsana realidad y de pretender montar cada cual su empresa... En sus lenguajes, cualquiera de los implicados se expresaría en los siguientes términos: “no pretendo tener la razón, menos aún obviar del todo el pasado, sólo quiero ser feliz; tan sólo eso: le necesito, dejaría que abriera mis puertas *sine die*”. Igualmente, en sus pretendidas redenciones, cansados de los engaños del porvenir y las noticias, no todo son amores ni manías; lejos de las perspectivas más realistas y los

torbellinos, tocan otros resortes más o menos acertados y creíbles en su otro colapso, fieles a su modo de concebir las arduas economías, cuales inconscientes emprendedores, siendo partícipes del futuro por ser curiosos y pretender ser sus propios jefes, dándose al defecto de la excesiva ambición, tanto o más como la farsa de querer dar con la pareja perfecta y pretender vivir en una sencillez real y cándida... Sean cuales fueran los entresijos de sus recuperaciones, lo viejo y lo nuevo les limita; en sus distancias, ambos son cooperadores necesarios por sus juventudes perdidas.

Si quisiéramos abstraernos de los personajes, no se puede obviar por parte de ella el gusto por los tacones, con todos esos mensajes que llevan escritos en sus tapas; y en cuanto al predicador, qué decir de la parcelilla, un trozo de tierra familiar que cuida reforzando su posición explorando su triste estampa. Atípicamente, resulta difícil de creer, pero esas estanterías repletas de zapatos y las duras tierras calizas son sus áreas de descanso y su martirio; les sirven de balconada donde renunciar a habitar la piel de esos extraños que no les aportan lo que ellos precisan, fabricándose un destino nuevo con sus primitivas ideas, en busca de esa pista que les otorgue menos tensión y les permita posarse en manos de ese que aplaque sus sangres, respaldándose mutuamente... Los malentendidos y los espaldarazos con las familias, y esas terapias a pie de calle, infieren una sabiduría esquiva a la pasarela de los negocios sucios y la infinita sensualidad que condena palmariamente a los insurrectos.

De una forma u otra, distantes, tramperos o forajidos, sin trinchera alguna, pasean por las calles de la gloria queriendo ser independientes en todo y unirse únicamente en la verdad. Pero en ese diario de lo inhóspito de los amores furtivos, hay otras muchas cosas deseables, dado que de tanta penuria en contextos muy diversos, sus miserias se acompañan no sólo de ardorosos sentimientos de compañía sobrevenidos, sino que ilustran la disyuntiva de superar los silencios y el regusto de ciertas amarguras, queriendo airearse triunfando. Sin saber por qué, quienes no pudieron morir o huir del todo, continúan andando en los mares de fuego. Su todo es tan vital que no dejan de escrutar el mercado para diferenciarse e imbuirse, por más que lleven la marca de los guerreros como si fuera su trono caído. No están a gusto ni personal ni socialmente, y más allá del temple aguardan mucha furia, tanto como la envidiosa desesperación de los vientos que se regodean por los almendros en su invernada, pasando entre los mismos por donde más tarde las hojas ya no le dejan, haciéndole frente a la fría estación sin miramientos antes de que la primavera no le permita esas escaramuzas... Golferías del aire aparte, se sienten como huérfanos, completamente desubicados y desnutridos de cariño, y están dispuestos a cobrarse con creces ese durísimo sentir. Son capaces de enfrentarse al miedo haciendo buena la teoría de la exposición, sometiendo o pereciendo; obligando a sus mentes y por ende a su cuerpos, a hacer algo que no quieren para enfrentarse a los problemas a lo bestia. Para ella, matar no es nuevo; para él, también lo hubo de hacer, si bien en otros términos, pero también se quedó sin aliento y con el cuello embutido, y tras ello, cada vez que prenden la mecha del cabo de una vela, saben que no sólo se quema la cera, sino parte de sí mismos. Necesitan regalarse una oportunidad, necesitan amor,

dinero, tener un camino claro y no ir a ciegas; saber en qué bando están los demás, porque la fuerza de su ley es muy distinta a la que les muestran los días... Son esas, en definitiva, otras necesidades básicas, hartos de alimentarse y no comer; de echarse a dormir y no descansar; de curarse y no cicatrizar; de cerrar los ojos y seguir viendo las secuencias y todos sus reflejos... Cuando las demás opciones te llevan al fracaso, la depravación no es tal; allí donde los vientos les esperan y las estrellas se alinean, hay algo que les identifica y al tiempo los hace distintos: cuando todo parecía cambiar, sus guerras no han hecho más que empezar.



## Maniquí

Duelen esos recuerdos, quiso seducir a un extraño y no se dio cuenta que era pura fachada, y encima desconchada, por más joyas que llevase encima. De tan poca cosa, es de esas personas que no dejan buena huella, y sí un universo de tópicos y contrasentidos perturbando mis sueños. La que sólo quiere donantes de sonrisas, según ella misma replica en uno de sus mensajes, habita un hogar muy distinto al mío, y no sólo porque beba alcohol habitualmente, fume o vaya de perfecta, sino porque la artista dice distinguir entre torpes y listos, y en sí misma es un genocidio cultural.

No me creería todo esto de no haber estado con ella, por si fuera el amor de mi vida, en una representación teatral. Y ahora, ejerzo mi conducta de lobo solitario pasando página. Su sentir fue un eclipse que duró poco y ni me cegó, y esos toques que practica no son asintomáticos, son métodos para erigirse como la única diva. Uno que yo me sé, en la película de cine "*Lo que el viento se llevó*", basada en la novela homónima, la hubiera despachado como se merecía:

*-Francamente querida, eso no me importa.*

Pero no tuve ocasión, fui un galán y aguanté la rutilante y esperpéntica escena; no tuve los arrestos de *Clark Gable* interpretando a *Rhett Butler* renunciando a la codiciosa *Scarlett O'Hara*, aguanté su maldición sabiendo que al día siguiente sería otro día; ya ha pasado casi una semana y ni nos hemos cruzado, llamado o escrito. Ciertamente lo agradezco, somos sumamente distintos. Al límite de la verdad sintetizaría ese *ballet* y la posterior quedada como que el firmamento fue bueno conmigo y no conspiró, desatándola y

salpicándome por entero de todo su abandono. Pude ver a alguien con una personalidad única, capaz de expresar lo que el otro quiera oír, valiéndose de una supuesta energía positiva que según ella desprende, sin descubrir lo lejos que le puede llevar; en este caso de mí. En un santiamén redujo todos los momentos de duda a la nada más absoluta... La debilidad de esa mujer era tan manifiesta, que me alivió su exasperación por querer parecerme fantástica. Si hubiera ocultado algo de ese entramado de persona en el que vive, aún le quedaría algo de dignidad. Me supo tan dulce su sal, que no hay ni un ápice de ella en mí, salvo estas reflexiones que cierran la opereta de *Giselle* y todas las muertes que procuró cuando en sus tinieblas bailaba cobrándose las vidas ajenas... El súmmum lo tuvo cuando me dijo que no me preocupase más que de mí, mostrándome un egoísmo enfermizo, consecuencia de ese notabilísimo afán por no querer aceptar su realidad.

Me enfrenté a su mal y gané, la dejé hacer lo que quiso, se puso a hablar de sí, a interrogarme apresuradamente por mi extinta relación marital, y a venderse como accesible pero al tiempo haciéndose la difícil... Sin duda, ésta, vive por desesperación en sus arenas movedizas. Si sabe tanto y le cunde tanto el tiempo, hasta para amasarse sus propios panes en la encimera, pudiéndose permitir esos desayunos de tres cuartos de hora informándose de los noticieros, fumeteando e ingiriendo tostadas y otras estupendísimas y nutritivas viandas, ¿qué coño hacía quedando conmigo?... De todo ello, los dos sabemos suficientemente que no ha salido una coalición positiva, es más, yo, de ser ella estaría echando lágrimas en la arena de la vía verde que circunda la ciudad, por tan estúpidas peripecias en su ferocidad por contentarme. Su piso,

estará cuando menos tan deshabitado como mi casa; por más que adorne el santuario cada noche con su bondad. Y es que, la depredadora se devoró a sí misma. Si fuera mi amiga y tuviéramos un mar de confianza intentaría aplacar toda esa fachada de encanto y coquetería para mostrarle el dolor de su desilusión, y siendo ella su espectadora, que se concencie de tanto artificio... No sé qué puede sentir alguien así por dentro de sus ojos; su mirada podía ser sabia, seguramente hasta lo fue años atrás, pero está fuera de sí, pasmada por sus confabulaciones, en una férrea disciplina de soñadora entusiasta con tal de no adentrarse en su oscuro pasado o el controvertido presente que todos tenemos. En sí, tiene el retrato de una matriarca, el odio en las entrañas, y ante todo, el mal acabado de la tan ansiada felicidad, por lo que suscribe su propia guerra de las trincheras, posicionándose para atrapar a un confidente que también le sirva de amante. Todo ese acercamiento, y la forma de practicarlo, no es nada casual. Las personas son su razón de ser, y la felicito por ello... No obstante, es un desperdicio de mujer, un desespero con poco más que huesos en su cuerpo y una mente que bien pudiera ser pariente del mismísimo diablo, por no querer saber del reino que habita. De manera sistemática se ponía en evidencia, ridiculizándose sola. Ardía de deseo por liberarse, si bien, agitaba tanto el avispero que era desternillante cómo mostraba el mapa de sus riesgos, ya que sus confesiones no fueron pocas. Impactó con tanta virulencia en mí, que tras esos instantes forma parte de mi lista de las grandes olvidadas. Todo cuanto tiene de especial, que es mucho, desaparece cuando no es natural, sino una orquestación de la peor de las bellezas, tal que imitara, empobreciéndose... Una pena, porque tiene potencial, y mucho... y no llevaba ningún pañuelo, sí una jodida bufanda negra y lisa que se le cayó innumerables

veces cuando estábamos los dos sentados en esa barra de bar, de par en par. Ese pañuelo es más importante de lo que creo, parece ser lo único fiable, es algo que me sujeta para no caer a estas tentaciones tan odiosas de pretender ayudar y ser ayudado; pero aprendí que no basta con desear, sino que hay que saber estar y amar. No estoy para lo caótico si no tengo nada que celebrar. Por esa actriz podría luchar hasta la muerte, y no sé ni si me escucharía. De ahí, que no interceda ni por ella ni por mí, lo mejor que hago es seguir dejando que corran las brisas y desearle lo mejor, saludándola educadamente pero sin mayor interés cada vez que el gimnasio o las muchas e imprevisibles circunstancias nos crucen. Hice bien al no ponerle nombre y considerarla una actriz y deportista enjoyada, se me apagó su luz con ese encuentro. Tanto como que llegué a casa y al no poder dormir me leí un artículo que terminé compartiendo con dos amigos, el cual iba de lo excluyente de ciertos amores, por cuanto una mujer joven, bella y muy directa, se preguntaba por qué no podía ser la esposa de un millonario, habiendo otras menos dotadas que ella que sí tenían esa suerte... Y a su exposición halló respuesta, dejándola maniatada en la economía del amor a merced de su mal negocio, por no ofrecer más que lo que tenía en ese momento, su preciosa juventud y la mal astucia de no saber venderse pidiéndolo todo, por cuanto un hombre pudiente, o equiparado a esos estratos le vino a mencionar que su devaluación como dama joven y hermosa sería cada vez más cruenta, minorando sus acciones, devaluándola, en detrimento de ese ofrecimiento tan nefasto. Sin duda, de tener algo de valentía y acierto, la afrenta del alquiler tampoco le gustaría a la dama, que es lo único que obtuvo de tal artimaña. Al igual que la deportista, la atrevida oferente no escogió el camino adecuado; es tan fácil enamorar a un

hombre, que hacerlo tan incisivamente les resta de toda la plenitud y elegancia que les hace ser únicas y atractivas. El camino es enamorarse, u otros, pero antes hay que mirarse al espejo y hacer algún que otro acto de contrición, por lo menos darle algo de sentido a tus silencios. “Tú, simplemente tú”, no es una alternativa válida para nadie, por más glamurosa y divina que se crea la triunfante. Otra cuestión que deja mucho que desear, puesto que no me creo que se puedan tener tantas vidas cuando al final todos venimos del mismo patrón.

Por eso mismo, saltando de una a otra, de momento no respondo al último mensaje de esa que contactó conmigo por aquellas clases de baile tan peculiares. Aparece y desaparece como si nada; hoy mismo para disculparse por no haber quedado finalmente conmigo para vernos las caras, sin las máscaras de esos disfraces de aquel estudio de danza, que bien podía ser una página de contactos para encontrar a tu otro yo... Y la cabrona me ha dejado su número de teléfono móvil, haciéndome un hueco en unas horas, entre sus recados y una de sus amigas, y a la vez me ha emplazado para vernos tranquilamente antes de finalizar el año. Realmente, su escrito denotaba una sinceridad tan abrumadora como que mostraba querencia y algún que otro síntoma de sabiduría. Debe ser de esas que son idiotas, unas zorras empedernidas, o tienen algún complejo... Quiere pero no quiere. Puff... ¿Y yo soy el gilipollas que la tiene que entender y aguantar?... ¡Los cojones! Así pasa, que ni he contestado ni pienso hacerlo hasta bien pasadas unas horas. Desde luego, ¡para una tipa que apuntaba maneras no termina de hacerme hueco! y casi que lo agradezco... Las relaciones tienen que fluir, si no arranca ella,

conmigo lo va a tener muy crudo. Es que ni me lo planteo como pareja, inclusive ni como futurible amiga, a lo sumo como conocida por si me la cruzo por la ciudad, pero seguro que ella se estará pensando de todo un poco, ¿o no?, ¿quién sabe?... Con estas ventiscas un maniquí me da más confianza que cualquier mujer. Ahora bien, queda el gusto de conocer a buena gente. Hay un profesor universitario, como ésta que no se atreve del todo, sólo que éste no es profesor de idiomas, sino que trabaja con los estudiantes de industriales, con el que me llevo sin ver poco más de un año, y la última vez que conversamos fue por teléfono al comienzo del verano. Y el tipo, sin que nadie se lo pida ni se lo recuerde, me felicita la Navidad como si fuera ayer cuando estábamos charlando de todo un poco. ¡Cómo se nota cuando alguien tiene mundo! Sus palabras son enseñanzas, y no van dilapidadas de antemano tal que los muchos consejos que te dan las que se creen listas, sino que se puede conversar; y los errores son admisibles. A éste sí que le haré un hueco estos días navideños, debo verle, aunque sólo sea para estrecharle la mano y preguntarle qué le pide a sus majestades. O lo mismo es de Santa Claus. En cualquier caso, nuestra amistad es una transición sin ruido, bajo la esencia de las profesiones que practicamos al margen de la jornada laboral, y sin que haya últimas palabras. De aquella amenaza visible divisando los astros, a la luz de ese frío cerro cuando pretendió engatusarme unos veranos atrás no torcimos el renglón, sin ser pareja ni darse al sexo también se puede estar en mi vida. Durante un tiempo, esos recuerdos le imposibilitaron seguir mis pasos, y esta vez, supongo que por no poder viajar a su tierra y porque se puede ser confidente sin deberse nada, ha escogido mi compañía... La palabra, el lenguaje, la comunicación, y los muchos viajes equivocados o inacabados

también son una fructífera diversión para no caer en el pánico de la soledad, causándose uno mismo daños irreparables. Ahora es cuando más valoro todas esas charlas que antaño tuvimos, justamente lo que no puedo hacer con casi ninguna mujer... ¿por qué será que juegan al todo o nada las que creen tener algo que perder?... El tiempo es inexorable, como la biología: ya nacemos muertos. No obstante, para un guerrero nunca termina la batalla; yo sigo y ellas no. Por eso mismo me amparo en esa telita que eché a volar, para que me traiga a la que yo quiero. Con tantas nubes de por medio, ya no recordará nada que no quiera saber... pero su silencio es mi mejor música, tras enviar a ese soldado a la muerte y quedarme yo entre la sabiduría popular... Dicen que nueve mujeres no hacen a un hijo en un mes; será por algo... Esa transición sin ruidos es mi apoyo incondicional, sé muy bien que no saldrá un hada del armario y me confesará su amor; debo relacionarme con la gente, lo que sucede es que cuando creo haber encontrado a lo más parecido a una extranjera en estas agrestes tierras, parece que es ella quien me ha encontrado a mí, y o se confunde, o se lo piensa, o me esconde muchísimo...

Con este batiburrillo de preciosas damas vestiditas de su blanco, como si fueran la Virgen María, sin intención de aguar la fiesta a nadie, denoto que están plagiando ciertos modos de combatir. En ese intento nefasto por cambiar posiciones, aprovechando los recovecos que todos vamos dejando entreabiertos, las niñitas mercadean inmensamente con eso de mantener su línea estática coincidiendo con el uso de sus armas de mujer. Corría la I Guerra Mundial, cuando esta estrategia llegó a su brutalidad, sólo que en vez de sus estrellas, lo que se divisaba en las noches de buenas lunas eran las armas de

fuego más que evolucionadas. Y si por aquel entonces, los soldados se cubrían del terror unos metros bajo la línea de tierra, esperando a que se les pusiera en bandeja el enemigo y hacerse con él, éstas, lo que pretenden es mantener su esencia para disimuladamente llegar hasta uno y asediar la fortificación con sus encantos, con el poder de manejar la natividad y la matanza de sus inocentes intenciones, toda vez que su guión se completa haciendo de lo que son, cuando te reclutan para su causa en una manipulación tan farragosa como necesaria. La aparición de las mismas con tanto esmero puede sobrepasar cualquier flanco que se precie; tienen el poder de crear y de darle profundidad a todo con sus maravillosos atributos, superponiéndose... Si estoy en lo cierto, y creo que así es, me hallo en esa zona entre el atacante y el defensor, llamada "tierra de nadie", tan sumamente letal como para no atreverme a cruzarla si no hay una candidata por la que realmente merezca la pena asumir tanto peligro. Sin exagerar por las raíces de tanta crueldad, sigo en la reserva, alejándome de esos frentes que me pretenden colonizar. En esto coincido con los brigadistas que antaño combatieron, dado que en el manejo de esas guerras, quedándose muchos días en esa escaramuza, de vigilia, escudriñando al enemigo como si fuera un muerto viviente, ayudado por un periscopio empuñando el fusil y rezando por que no te bombardeen, es mal negocio. Alejarme de esa artillería, los morteros y sus tretas me salva de mi propio consejo de guerra. Tengo que sanear mi necesidad extrema, los objetivos han de hacerse visibles para que enfatice mi llegada a puerto, rompiendo el punto muerto. No ver garantizado el acceso o tener que parapetarme tras un campo de minas, detiene mi caza. Con carácter general, el detallado plan de operaciones de las damas son campos de espino, esta lucha tenía que ser más



fácil. Sus llamadas de atención y las posteriores conductas las dejan como si fueran recortables, y para manualidades ya tengo las mías. Tal y como se hacía y se sigue haciendo en las estrategias militares, primero se localiza al enemigo, mediante instrumentos de reconocimiento, para más tarde abordar su destrucción, si fuera el caso, analizando sus movimientos. A todo esto, el ingenio y saber protegerse es lo que te da superioridad, todo lo demás es teatro y dejar hacer a la evolución, y en este caso, química hay poca o ninguna... A medida que las observo, cuando suenan sus notas, lo primero que me viene a la cabeza es lo pequeñito que soy yo y lo fanáticas que pueden llegar a ser ellas, en su minimalismo de fecundo placer. Son conflictos de sueños, y un horror para cualquier persona que se guste de observar y sepa que estando solo tiene limitados ciertos movimientos; subrayando esto último, podría decirse que ellas lo tienen todo, si bien, unos y otros nos vemos obligados a tener que asaltar el frente para estar mejor...

Abordando el devenir de mis pesadillas, he despertado remontándome muchos años atrás, cuando alguien podría decir que fui novio, y entre tumultos incontrolables, se apoderó de mí una cara muy larga teniendo que acompañar a hacer una compra que yo no entendía, a esa que necesitaba pasar todo el tiempo posible a mi lado. Y estando apoyado que no empujando el carro, en una enormidad de cola en la pescadería del supermercado de la vuelta de mi casa de entonces, me cercioré que no tenía futuro alguno con esa dama. Pero en mi estupidez supina quise aguantar y reflotar un barco de por sí hundido, y he tragado tanta agua que hasta me planteo si he nacido para estar solo... Eso, o hago mi corazón de acero, porque una mirada no dice nada, y al mismo

tiempo lo esconde todo. Aquella vez, bailaban los sueños más altos que los tejados, pero estaba tan al raso que no me percaté. En los prolegómenos de la Nochebuena, sufrí e hice sufrir mucho más de lo necesario, siendo mi prisionero; y aprendí que con ellas ciertas palabras no tienen sentido; se apoderan de todo mi ser. Más protección que nunca debo tener, dado que no heredaré el reino de nadie, pero sí sus peores deudas, dejándome contrariado y en blanco a poco que sus suspiros se me acerquen y ya no sean vistas como causas perdidas... Tal que ahora, que sigo sin verme haciendo esa profusa y estudiada compra navideña; yo lo que quiero es asistir a una noche tan especial como la que tuvieron los atlanticenses no hace tantos días, siendo testigos de las Gemínidas, una de las mayores lluvias de meteoros, por su intensidad y ese deje caprichoso que las hace tan listas como para mostrarse solamente una vez al año. Esa exquisitez de mirar a la constelación de Géminis y apreciar su bello torrente de escombros, desde un lugar apartado, discreto y oscuro, sin contaminaciones de ningún tipo, siguiendo la estela de esas partículas de polvo al cruzar el planeta Tierra su órbita, venidas de algún que otro cometa; ¡eso sí que me catapultaría a una alegría que me haría compartir más ratos con ese alguien!, haciendo de lo inalcanzable algo cotidiano. Pufff... Tiene que haber algo bueno para mí, alguna que otra vez lo he notado. Y en la exposición sucedió algo: sin duda recibí más de lo que di... Sí. No tuvieron la culpa las interesantes composiciones luminosas del maestro Sorolla, y el entramado arquitectónico que recogía sus obras pictóricas; aquello me demostró que merece la pena seguir viviendo. Los sabores de esa casa fundacional me despertaron de la bruma que lo invadía todo: quise oler y casi pude. Fue un regalo de los que no se adquieren con dinero; me dejó al borde

de la deformidad esa manera de portar tal velo, y su mirada más que talentosa y perdida... De ir solo hubiera seguido mi instinto, obsesionándome si fuera preciso, pero dos amigos me acompañaban y no podía ser tan libre como me hubiese gustado. De entre toda esa gente resaltó ella, poderosa y esquiva. Me fijé en si las ventanas estaban abiertas, y también en las empleadas, y no era fruto de mis ilusiones ni de una suplantación de identidad, si bien, esa melena morena que correteó y no quiso ser vista le hizo frente a las estructuras de poder. Se me zafó cual asesina que no pudo matar su sueño de libertad, resplandeciente y directa a su guarida, tomando el ascensor que yo no pude... Juraría haberla visto antes... El silencio tiene su lenguaje, sabe hacerse entender. De entre todas las gentes, por sus galantes y presurosos andares, se diría que iba a retirar sus ganancias en juego, o que tuviera alguna última confidencia, allí donde el viento la esperase.

## Allí donde el viento espera

Silvia escogió permanecer en esa posición de fuerza, para anticiparme a sus contraataques de una manera prudente. Lo que le quedaba del día de Navidad no era sólo turrón y buenas sensaciones, también lo agrdulce de seguir viendo a esa que le hacía estar desolada, por más que la mirase con una discreta sonrisa. Tenía hartazgo de ese busto de mujer sonriente, del mar azul que tan cerca tenía, y de lo claro que hablaba su madre, siendo cruel al obligarla a tener que tragarse a la novia de su hermano, exigiéndole tratarla con un respeto absoluto. Al mirarse, en su inmovilismo, lo que padecía eran esos meses de prostitución, el fastidio de los tacones, y el poder del dinero, incluso sobre los brindis. La gaditana venida de Madrid estaba de los nervios. Comiendo, cabreada, se seguía sintiendo víctima, puta e hija, en todas sus miserias. Ese Cádiz le era extraño, no respondía a su pregunta, ni acallaba su fatigosa batalla por encontrar su nueva situación... No lo podía decir, pero tenía el síndrome del corazón del soldado, o también llamado *shock* de las trincheras. Habían pasado casi veinte días desde el momento clave, y apenas había recobrado la lucidez. Para readmitirse en la sociedad, la valiente gestante de tanta mortandad, moribunda, en su soledad hubo de marchar casi de inmediato a buscarse otras garantías con esas pinturas, siguiendo su estrafalario plan, sólo que hubo de partir al poco de meterse en esos pasillos, al sentir su propia crítica, teniendo el pelo medio suelto y gustoso de estar acompañado de una gabardina que le hacía de zarza y la escondía de la gente, y por supuesto, uno de sus pañuelos, que hacendosamente los fue usando como velos conforme fueron pasando los días, mintiéndose. Ese siete de diciembre apenas se detuvo en el museo de Sorolla, estaba rota, y para no

saturarse de esas imágenes, corrió... Todo lo contrario que no podía hacer ese maltrecho y crítico día de Navidad, pero verdaderamente era lo que necesitaba. Su mirada era larga, profunda y devastadora, superaba con creces la mirada de mil metros, tal y como se calificaba burdamente en psiquiatría militar la neurosis propiciada por el estrés postraumático de estar obligados a la lucha y bajo el fatigoso fuego cruzado. Su memoria agudizaba esos momentos tan funestos, patológicamente, entre bocado y bocado. El resultado de todos esos manjares era la impregnación de toda esa devastación, donde se mezcló el sudor, la sangre, las lágrimas y el rencor, unido a la curiosidad animal de ese que olisqueó incesantemente la malsana realidad de aquel atardecer madrileño.

Decir pánico era quedarse corto, poco para lo que estaba pasando la andaluza, ahora bien, lo que más le castigaba y le ansiaba, era la irrupción de la otra en la mesa. El subyacente cadáver troceado milimétricamente era aquello sin lo cual su existencia era del todo inconcebible, dado que jamás hubiera vuelto a su hogar de niña de haber seguido ejerciendo como prostituta, no obstante, tenía a otra frente a frente: la novia de su hermano. Los recuerdos intrusivos, las pesadillas y la dificultad para conciliar el sueño, consecuencias de esa vivencia que hubo de sobrellevar para no seguir viendo amenazada su supervivencia como persona, la henchían bastante menos que tenerla delante. Verla, le era particularmente grave, saber a lo que se dedicaba, le inducía a escupirle y a casi matarla por alargarle su neurosis. De no tener la correcta formación y el apoyo necesario, probablemente Silvia estaría esquizoide, sin embargo, su querida madre se había ocupado de aleccionarla, vistiéndola de lujo la humildad y su sapiencia:

-Cuando una mujer halla lo que busca, prefiere no cambiar. Trátala con respeto, si no lo haces por ella o por tu hermano hazlo por mí- se ocupó de decirle la progenitora en aquel encuentro nada accidental, previendo el rugir de la leona venida del exilio.

La difícil curva de aprendizaje de la menor la dejaba inapetente, abrumada, y en un viaje de autodescubrimiento. Hasta el punto, que para sus adentros, Silvia dudaba de si la furcia le sustituiría, toda vez que volviera a escalar al norte de la península. Con su fuerte feminidad, estaba decidida a desatar a ese corcel indomable que llevaba en sus adentros y hacer lo que tuviera que hacer, escabulléndose del marcaje de su madre y de su tía, que no le quitaba el ojo de encima; ni a ella, ni a ese gato tan raro que le había regalado su sobrina.

-Los primeros días lo entiendo, pero ahora, yo diría que está trastornado, tiene obsesión. Su mirada es dulce, pero venera todo aquello por donde ha corrido la sangre- dijo la tía, acerca de *Aurum*, el sobrenombre con el que identificaba al felino, recordándole al preciado metal por su atigrado pelaje y esa brillantez del oro.

-Se está acomodando, nada más- sostuvo la sobrina de inmediato, sin querer darle importancia al que no daba ni un paso atrás, cada vez que sentía un impulso irrefrenable al oler ese correr de vida.

Categoricamente, la otra se unió al desconcierto:

-En mi país dicen que los ojos son la ventana del alma, y este gato anda como un rey descalzo, pero muy decidido. Es raro que no le gusten las gambas, ni los patés, sólo el pescado y la carne.

La idea de la reconciliación se alejaba más y más de la extinta puta... La mayoría de los viajes se hacen con las ideas que a uno se le van apareciendo en los prolegómenos, y éste no iba a ser distinto, la tenía entre ceja y ceja, atravesada. Sin mostrar desafecto, y sin discursos navideños de por medio, mucho menos habiendo comentado nada de sus desventuras amorosas, incierta y excluyente, Silvia, litigó con su posible nuera:

-No digas una cosa y hagas otra, el gato no es tonto, pudiendo elegir escoge lo mejor que tiene a su alcance. Yo lo he visto comer de todo, seguro que tú habrás hecho lo mismo- la acusó veladamente.

Esas palabras atravesaron como una bala a su hermano, y no permitió más excentricidades:

-¡Contrólate que estamos en Navidad!, todos nos alegramos de que hayas venido, tengamos la fiesta en paz.

Con las aguas divididas, ella notaba que le faltaba algo, y al tiempo, que tenía de más. Un asesinato es para siempre, de ahí, que sin sentirse orgullosa, diseccionaba lo que pasaba a su alrededor mientras su subconsciente seguía indagando en la atrocidad que hizo... El gato se unió a los pies de la misma como un fiel infante, como aquella vez en la que salió de ese bolso de viaje que tomó como guarida y la apoyó incondicionalmente en la locura de vivir matando. Las extravagancias del pueblo le sabían a poco, esos chismorreos y la poca magia de la otra tenían poco que hacer frente a su recuerdo casi inmediato. Los primeros días tuvo mucho desorden en su mente, si bien, ya estaba más que reorganizada, tras haberlo troceado y esparcido escrupulosamente por el río, decidida por esa supervivencia. Y con el apartamento recién pintado, y la bañera desaparecida y en su lugar una

moderna mampara, estando en su casa de toda la vida, necesitaba volver al lugar del crimen y saber que nada quedaba de ese ayer.

A duras penas probaba bocado alguno, y le costaba tragar los líquidos. ¡Hubo de recoger tanta asquerosidad de entre los restos de ese despedazado proxeneta!, que se inflaba a migas de pan en vez de enjugar los otros alimentos con malos tragos.

-Y dinos, ¿por qué has traído ese arsenal de ambientadores?, ¿es que nos quieres cambiar?- le lanzó su hermanito tal frase, para volver a meterla en familia, queriendo bromear.

Lo que él no sabía, es que en Madrid había no menos de diez en poco más de cuarenta metros cuadrados, pretendiendo hacer olvidar todas esas arcadas, contribuyendo a mimetizar su ayer con nuevos frentes.

-Vosotras también los usáis mucho, ¿verdad?- se la devolvió con creces a su novia, dejándolas helados.

-Yo sólo soy una empleada, no me ocupo de la intendencia, sólo sirvo copas- le contestó sin ruborizarse la nueva inquilina de la casa.

-¿Pero te ocupas de tu bienestar, no?, ¿te harás pruebas?- le tiró Silvia ese dardo a la otra furcia, quemando del todo a su hermano.

-¡Basta!, ¡no contestes Paula! ¡Y Silvia deja ya el tema!- intervino el padre muy serio, dando un golpe en la mesa, ahuyentando al felino que volvió a su madriguera.

En ese momento, los tenedores volvieron a cobrar presencia, y las dos ancianas también salieron al quite, esquivando los duros aconteceres:

-El rodaballo de anoche estaba muy bueno, nunca lo había tomado en vinagre. Pero la pierna está muy bien hecha- se dirigió la tía a su hermana.



-Es jamón de hembra- adujo la madre, gustosa por el agradecimiento.

Y Silvia se sonrió... ofuscada no perdía el humor; a lo que el otro la divisó, y como hermano de tantas andanzas, igualmente acusó cierta mueca de sonrisa en su rostro. Por más enfadados que estuvieran el uno con el otro, existía cierta magia entre ambos. Sin embargo, quien se hacía llamar Paula no concebía esas chiquilladas, y le golpeó sibilinamente la pantorrilla a su querido.

-¡Ah!- se quejó el otro.

Y con esas tonterías se restó tensión a lo que se contenía en esa mesa.

La casi recién llegada recordó las palabras de Amaya, cuando acudió días atrás a su consulta para tener terapia, miedosa por lo que había hecho y por ver de nuevo a su familia y tener que mentirles a la cara:

-Si te pones seria fracasarás, la incómoda huella de la prostitución te perseguirá si no sabes dejar a un lado tus carencias.

A su vez, se acordó del ejemplo que captó su atención, acerca de cómo tratar a sus seres queridos, y ese que casi hizo que la hiciera cómplice, compungíendola; aunque finalmente supo mantener su boquita cerrada:

-Tu familia estará siempre ahí, para bien o para mal, quieras o no. En la antigua China, había un ritual, por el cual en las ofrendas se hacían muñecos rellenos de paja, a los cuales se les veneraba, no obstante, cuando ya no les servían, se echaban al fuego como parte de esa treta, o se les pisoteaba y abandonaba a conciencia, usándolos como perros de paja.

Por más incómoda que se sintiera la cría, toda su familia le había pedido un esfuerzo por integrarse en esas fechas, a pesar de tener a la otra justo delante, y es que le respetaban el sitio hasta en la mesa, sólo que su hermano le cedió el suyo a su querida, en un gesto memorable e incomprensible para

quien no conociera nada de ese trozo de pan. Ya de niño lo hacía con los amigos, cuando se llevaba a alguno a merendar, y seguía siendo un crío para ciertas cosas. A Silvia, como impenitente estudiante de empresas y empresaria en ciernes, nunca le pareció bien eso de ceder el sitio, porque lejos de entenderlo como un gesto afable lo consideraba una muestra de debilidad, pero sus padres velaban porque no se perdieran los modales en la casa. La benevolencia de pretender así el equilibrio había de respetarla.

-Tía, nos vamos luego a dar un paseo, tú y yo- expuso la sobrina.

-¿Y tu madre, qué?- saltó la otra recobrando el protagonismo.

Excusándose, la hija se justificó. -¡Pero si has dicho mientras servías que necesitabas una siesta!

Reflexionando en alto, le dio la razón. -Pues sí, es que lo quiero todo y no me dais más que disgustos- repartió palabras que no alimentos esa vez, sin mirar a nadie.

Nuevamente intervino Silvia, pero esta vez ejerciendo de buena anfitriona, actuando como hija, hermana y buena cliente de su psicóloga:

-Explícanos cómo pasáis estos días en tu tierra- se dirigió a la invitada.

Y así, contribuyó durante unos minutos a que todos estuvieran mejor, en el año en el que volvió el terror a su corazoncito... Llegando incluso hasta las duras infusiones para sí misma, las cuales las cambió por un chocolate calentito, con el que se fue fundiendo lentamente, liberando a esas otras personas que tenían derecho a vivir.

En un día tan especial, en vez de ser la líder reaccionaria, optó por contentar a todos y a ninguna, pasando el resto de la tarde usando el salón para sus lecturas, acompañándose de Bécquer y los demás, por no propiciar

más zancadas díscolas, en una dulce mentira, hechizando a la dama gris que llevaba adentro...

No obstante, tras unas lecciones de romanticismo de ese autor, la joven seguía sintiéndose vapuleada, y sabía perfectamente que una suma de verdades no siempre era igual a toda la verdad; la niñita quería más, porque tenía el síndrome del grifo que gotea, seguía bajo presión, dándole vueltas a todo, y ya no podía callar mucho más: hablaba o mataba:

-Entonces, ¿de dónde eres?- le preguntó a la indígena, muy acaramelada con su hermano, y sin terminar de llamarla por su nombre, otro detalle que no tragaba.

A todo esto, el ejército de descreídos se puso nuevamente en guardia, no atisbaban campos de lavanda en la boca de la niña de la casa.

Como una desertora sin nada que perder, la trotamundos no rehuyó entablar una conversación directa con la otra joven, sin saber que tenían más cosas en común de las que nadie en esa santa casa se pudiera imaginar:

-Aunque no lo parezca, soy de un pueblecito medieval que está en el Cantón de Douvanie, en la Alta Saboya, en la Región del Ródano, muy cerquita de los Alpes, se llama Yvoire.

-¿Eres francesa?- reaccionó contrariada Silvia.

-Sí, aunque todos se creen que soy sudamericana- respondió la ennoviada, sin importarle mucho quienes buscasen algo exclusivo y original.

Sin embargo, la única que se sorprendía a todas luces era la recién llegada, los demás asistían sin aleluyas, esperando a que pasase esa fase crítica.

-¿Has cambiado el lago Léman por las brisas del atlántico?- se preguntó la asesina en ese despertar.

-Ya ves, es precioso, pero es muy caro vivir allí si no tienes vivienda en propiedad; y lejos del turismo, no hay muchas ofertas de trabajo. Estuve un tiempo en Suiza, Ginebra, pero decidí venir al sur- alegó la inquilina.

Al hilo de esa respuesta, la lectora hilvanó demasiado fino. -¡Ah!, y decidiste usar tu talento, ¿no?

Sin sed de venganza, pero saliendo al paso de la dura realidad de su novia, intervino el hermanísimo. -La gente cambia- arengó a su hermana, por no aceptar los cambios, al tiempo que señalando a su querida, insistió -nunca es demasiado tarde.

Durante unos segundos, estuvieron a punto de saltar a escena la madre y la tía, pero el padre quiso dejar que fueran los herederos quienes resolvieran sus asuntos, teniéndoles como testigos más que directos.

-¿Y eso es cierto?- insistió Silvia, mirándola a ella. -¿Tan saturado está ese sector del que dicen que provienes?- la tildó de golfa sin despeinarse.

-¡Te estás pasando!- le advirtió el grandullón, enardecido por esa manera que tenía su hermana de tratar a su novia, sabiendo que no se refería al turismo precisamente.

-Tranquilo- salió al paso la señalada. -Estas cosas es mejor tratarlas cuanto antes- sostuvo con cautela y dignidad, pidiendo que no la defendiera.

-Sí, habla y explícate por favor, porque no creo ser la única que ha oído a lo que te dedicas- siguió firme Silvia, increpándola.

-Exacto, siempre somos lo que hacemos, por eso mismo me hice una pregunta hace unos meses, cuando conocí a tu hermano y empezó a surgir la

pasión... Yo también leo, y esa vez era algo de Mario Benedetti, el mismo se preguntaba: “si el corazón se aburre de querer, ¿para qué sirve?”

-¿Y?- la interrumpió Silvia, cariacontecida.

-Pues que no me valía únicamente con trabajar y no aceptar órdenes de nadie, debía ganarme el respeto de los demás, y por lo menos, el de tu hermano creo tenerlo.

-Así es- se hizo notar el mismo, asintiendo a su chica.

Silvia pensó mucho la siguiente frase, no hablaba únicamente en boca de ella, sino del resto de su familia, de ahí que no flaqueó la venida de Madrid:

-En parte te entiendo, es como cuando te haces viejo, que te cansas de sólo sobrevivir, ahora bien, él era tu cliente, y en los negocios, al cliente se le da lo que necesita, aunque no se le entienda- la dejó malherida.

Reponiéndose, sorbió un poco de infusión la invitada.

Entretanto se oyó algo en voz baja que no se esperaba nadie. -Yo te quiero- intervino el hermano, dirigiéndose a su novia.

-¡Calla!- le cerró la boca su madre, atenta a su hija, esperando mucho más, cual justiciera ciega.

-¿Puedo cambiar de negocio?- alegó en su defensa la francesa.

Ahora fue ella quien le buscó. -¿Y a eso no tienes nada que decir hermanito?, ¿sabes por qué?, porque tú mismo sabes que el cliente es lo primero.

-Pues ésta ha llenado mi vida, no todo va a ser la empresa- despegó en su defensa el joven hombre, coaligándose con su querida.

-¿Estás en situación legal?, ¿pagas impuestos?- le preguntó Silvia, liderando ese intríngulis.

-Soy Europea, no preciso de permiso de residencia- solventó esa cuestión con holgura, ante los atentos anfitriones.

-¿Pero cotizas, estás dada de alta?- no le dio un respiro la acusadora.

-No- contestó sin bajar la guardia.

Los suspiros de ese inesperado viaje a la frontera francófona vistieron esa tarde, que ya rondaba unos minutos sobre las seis de la tarde. Para todos, a excepción del enamorado, ese amor era un misterio vago y absurdo. Unas veían negocio, otra una dura afrenta a la familia, el padrino no se pronunciaba, ronchaba turrón devorándose la dentadura, y la que antaño dijo ser comercial en el Ródano y ahora venía de estar siendo puta, sufría de lo lindo esa letanía navideña, y no sólo por estar lejos de su patria, sino por no ser más que una molestia para la gran mayoría, sobre todo las de su género.

-No llores- le dijo en voz baja su hombre, al verla compungida.

La guardiana de su casa aprovechó para sacudir al otro. –Si mi enfado no es contigo, le dijo a la francesita; es con ése que ha metido un problema en nuestra casa. Y lo que no me explico es por qué no habéis hablado de esto mucho antes- lo extrapoló al resto de sus congéneres, mirándoles uno a uno, atenazándolos.